

Tiempo y Sujeto:

Nuevas perspectivas en torno a la Experiencia del Tiempo

Mario Toboso Martín

En el presente artículo se exponen algunas de las cuestiones desarrolladas en nuestra tesis doctoral homónima.¹ Vamos a expresar, primeramente, cuál ha sido el propósito general de nuestro trabajo. A través del mismo pretendemos aportar una visión de conjunto, renovada, en torno a los diferentes aspectos que conforman la experiencia del tiempo por parte del sujeto. Creemos, por lo tanto, que uno de nuestros cometidos primordiales debe consistir en tratar de contemplar, bajo nueva luz, algunas de las nociones más básicas de las que el pensamiento acostumbra servirse en su reflexión incesante acerca del tiempo.

Así, por ejemplo, el lastre de numerosos siglos de tradición al respecto nos ha habituado a concebir su imagen en comparación con la de un río que fluyera llevándonos, a la vez, inmersos en su corriente, a la que resultamos ser arrojados en el momento mismo de venir al mundo. Debemos notar, no obstante, cómo esta imagen se está expresando, en nuestra opinión, en un sentido que va mucho más allá de lo meramente metafórico y alberga un contenido adicional de marcado carácter interpretativo. A nuestro parecer, nos induce a pensar que el tiempo *dominaba ya* sobre el amplio dominio del citado mundo *mucho antes* de que nosotros llegásemos a él —y, por extensión, *desde siempre*—. Así, en calidad de simples advenedizos no cabría considerarnos más que como cautivos de la autoridad de su mandato, en virtud de la cual se acepta que el tiempo actúa y se expresa no sólo en nosotros mismos, sino también en todo lo que contemplamos, y es por ello concebido —a la postre— como un ente de naturaleza objetiva.

Pensamos que consideraciones de esta clase sustentan la dicotomía que suele establecerse entre el denominado «tiempo del mundo», también llamado «tiempo objetivo», y la vivencia supuesta del mismo por parte del sujeto, asociada a la noción de «tiempo de la conciencia», o «tiempo subjetivo». El origen de la misma acostumbra situarse en la contraposición establecida entre los planteamientos de Aristóteles y san Agustín en relación con el estudio del tiempo.² A tal respecto, suele calificarse como «físico», o «cosmológico», el primero y «psicológico» el segundo; si bien cabe señalar que, en sus reflexiones, Aristóteles participó de ambos puntos de vista —aunque de un modo desigual—, por lo que se le podría considerar, de hecho, como el iniciador de la vía «psicológica», al señalar la necesidad de una acción intelectual en lo referente a la percepción del tiempo y a su existencia misma.³ Ello no es óbice para que su investigación se mantenga dentro del terreno del movimiento y de la ciencia física, limitada al análisis de la homogénea «sucesión de los ahora», perspectiva ésta desde la que no resulta posible explicar por entero la triple dimensionalidad del tiempo en la experiencia subjetiva.⁴

¹ Toboso, *Tiempo y sujeto: Nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia (2003)

² La exposición de estos dos autores acerca del problema del tiempo se encuentra, en lo fundamental, en el Libro IV (capítulos 10 al 14) de la *Física* de Aristóteles y en el Libro XI (capítulos 14 al 21) de las *Confesiones* de san Agustín.

³ Aristóteles, *Física*, 223 a 21-29.

⁴ Sánchez, *Tiempo y sentido*, Madrid, Biblioteca Nueva - UNED (1998), p. 130.

El enfoque que nosotros proponemos asume, como elemento fundamental, una participación «activa» por parte del sujeto en relación con los diferentes aspectos inherentes a la noción habitual de *tiempo*, en lugar de remitir a la perspectiva más bien «pasiva» de quien es llevado por la corriente del mencionado río. Si quisiéramos expresarlo por medio de una imagen diríamos que —al hilo de lo recién expuesto a propósito de esta metáfora— el sujeto, ahora como elemento esencial de nuestro planteamiento, no es arrastrado por dicha corriente, sino que se mantiene y permanece fijo en su posición temporal, situado en una especie de «vórtice» o remolino, a partir de la cual es él mismo quien proyecta la corriente más allá de su propia posición por medio de un procedimiento adecuado de *representación*. Así, el tiempo —según sugerimos— no se halla dado «ahí afuera», en el sentido que le otorga el punto de vista tradicional «de la corriente», sino que ha de ser representado por el sujeto desde su posición en el referido «vórtice».

Para proceder al desarrollo de nuestro planteamiento particular hemos situado su punto de partida en el marco filosófico del «idealismo crítico» introducido por Kant, del cual nos hacemos eco a través de la crítica del mismo elaborada por Schopenhauer. En relación con lo señalado acerca del propósito general de nuestro trabajo —encaminado a explorar la naturaleza de la experiencia del tiempo por parte del sujeto—, notemos que el encuentro con este autor se ve favorecido por la importancia que en su sistema se atribuye al sujeto cognoscente al hilo de la noción de «representación», considerada como la bipolaridad en que se manifiesta la comunidad de límites entre tal sujeto y el «objeto» conocido.

Cabe decir que, hasta donde alcanza nuestra indagación, no nos consta que Schopenhauer desarrollara ninguna teoría particular del tiempo dentro del contexto de su sistema filosófico. No obstante, sugerimos que pueden extraerse del tratamiento de diversos temas por su parte, ciertas nociones y elementos de marcado carácter temporal que, como las piezas dispersas de un rompecabezas, pueden ensamblarse de manera que el resultado obtenido constituya el embrión de una teoría acerca del tiempo, pese a que en su origen los elementos que lo integran no formaran parte de ningún proyecto, a tal respecto, prefijado con anterioridad.

La diferencia básica entre nuestro planteamiento —que podríamos denominar «del vórtice»— y aquél otro que es más habitual «de la corriente», puede analizarse atendiendo al carácter que revisten las nociones comunes de «ahora» y de «momento presente» en el contexto ofrecido por ambos puntos de vista. A tal respecto, debemos señalar que desde la perspectiva «de la corriente» no se establece ninguna diferencia entre tales nociones, tomándose, de hecho, como términos sinónimos, cuya contrapartida en el ámbito de las nociones espaciales sería el deíctico «aquí». La equiparación entre ambas nociones temporales constituye una práctica general no sólo dentro del marco del lenguaje cotidiano, sino en el ámbito de las diversas filosofías del tiempo elaboradas hasta el momento.

Contrariamente, desde nuestra perspectiva particular «del vórtice» consideramos esencial establecer una diferencia clara entre la significación de aquello que denominaremos «Ahora» y la del «momento presente», de la misma manera que, pasando de nuevo al ámbito de las nociones espaciales, cabe diferenciar el citado «aquí» de la ubicación concreta que se expresa en la noción de «este lugar»; pues, pese a que el sujeto refiera siempre su posición en el espacio por medio del deíctico «aquí», ello no significa que se sitúe siempre en «este lugar» —en el mismo punto coordinado del espacio, podríamos decir—. De manera análoga, nosotros vamos a considerar la noción de «Ahora» como representativa de la «posición temporal de presencia del sujeto», la cual ubicará, en todo momento, al denominado «momento presente», si bien no siempre al mismo. Notemos, igualmente, y al hilo de la analogía propuesta que —según queda dicho— tampoco el deíctico «aquí» se refiere siempre a la misma posición espacial.⁵

⁵ La diferencia fundamental mencionada entre el «Ahora» y el «momento presente» se desarrolla en Toboso, op. cit., pp. 63 y ss. Utilizamos la denominación en mayúscula «Ahora» para referirnos a la «posición temporal de presencia del sujeto», diferente del «momento presente»; expresaremos, por

Por tanto, en el Ahora se da la doble —y, sólo en apariencia, paradójica— condición de hallarse temporalmente posicionado, de una manera «permanente», el sujeto y transcurrir a través del mismo, a la vez, el momento presente. Teniendo en cuenta las imágenes propuestas, debemos asumir que el Ahora —considerado como «vórtice»— no participa de la «corriente» de los momentos, y que la identificación frecuente y engañosa del Ahora con el momento presente se produce al confundir el «vórtice», en cuanto tal, con la «corriente» que lo ocupa en cada momento.

Schopenhauer se expresa en términos similares cuando sugiere comparar el tiempo con un círculo que girara sin fin; la mitad que desciende continuamente sería el pasado y aquella en ascenso el futuro, mientras que el punto superior, indiviso y en contacto con la tangente, constituiría un *presente* estable e inextenso; y así como la tangente no participa de la rotación, tampoco lo hace este *presente*, que es el punto de contacto del objeto, cuya forma es el tiempo, con el sujeto, quien en lo tocante a la forma nada tiene que ver con ninguno de los modos del principio de razón, ya que éste sólo constituye la forma del objeto, y no la del sujeto, que no tiene forma alguna, dado que no pertenece al ámbito de lo cognoscible, sino que supone la condición de todo conocimiento. Más cercana a nuestra imagen «del vórtice» —y a la cualidad de «permanencia» que en él hemos destacado— se halla su propuesta de imaginar el tiempo como un impetuoso e incesante torrente que se rompe contra la roca del *presente* (Ahora) sin llegar a arrastrarla consigo.⁶

El hecho de no prestar atención a la diferencia que proponemos entre el Ahora y el momento presente contribuye, en nuestra opinión, a acentuar los aspectos aporéticos asociados al problema del tiempo y a la naturaleza del «ahora». Así, no atendiendo a tal diferencia, nos veremos llevados a reconocer que el «ahora» está continuamente desapareciendo y que *lo que es ahora ya no es*, porque el momento presente es fugaz e inaprensible; aunque —de manera paradójica— sepamos también que, a pesar de sus continuos cambios y desapariciones, nunca se deja de estar en la misteriosa posición actual del «ahora».⁷

Al hilo de esta consideración notemos que, por regla general, se tiende a contemplar la noción habitual de «ahora» de dos maneras diferentes; por una parte, desde la perspectiva de la presencia, se interpreta que el «ahora» es siempre uno y *el mismo*, y que en ello radican la simultaneidad del mundo y la posibilidad de que lo existente se encuentre en el mismo «ahora» actual. Sin embargo, desde la perspectiva del movimiento, se considera que cada «ahora» es *distinto* interpretando que lo temporalmente anterior y posterior no obedece a un simple cambio de posición de un único e idéntico «ahora», sino a la participación y al transcurso de un «ahora» siempre distinto.⁸ Tomando como base nuestro punto de vista particular pensamos que en lo paradójico de estas consideraciones se está obviando la diferencia que pretendemos establecer entre las nociones que denominamos «Ahora» y «momento presente». Atendiendo a esta diferencia, y a lo recién citado, podríamos decir que «desde la perspectiva de la presencia» se da la primera de ellas —el Ahora—, en tanto que, «desde la perspectiva del movimiento» se nos remite a la segunda —el momento presente.⁹

Este carácter doble del «ahora» habitual es objeto de análisis por parte de Aristóteles.¹⁰ Sus conclusiones en torno a la *mismidad* y a la *alteridad* del ahora sugieren considerar que, en un sentido, el ahora es el mismo, y en otro sentido, no es el mismo; que es distinto en cuanto cambia, siendo ésta su esencia; y, en cuanto a lo que está siendo, es

contra, la noción tradicional —que, según mantenemos, tiende a equiparar ambos conceptos— mediante el término «ahora».

⁶ Schopenhauer, *Metafísica de las costumbres*, Madrid, Trotta (2001), p. 14.

⁷ Sánchez, op. cit., p. 43.

⁸ Ibid., p. 107.

⁹ Toboso, op. cit., p. 65.

¹⁰ Véase, al respecto, Aristóteles, *Física*, 219 b 9-33.

el mismo. En lo que atañe a su mismidad, no habría más que un «ahora» que sería siempre el mismo, y este ahora actual o cualquier otro ahora son lo mismo, pues antes era tanto «ahora» como lo será después, y antes y después son, igualmente, «ahora». En cuanto a su alteridad, el ahora sería siempre distinto por ser aquello que no cesa de cambiar en el tiempo, cuya esencia es el cambio y el poder determinar así un antes y un después.¹¹ A la postre, el planteamiento aristotélico conduce a establecer un paralelismo entre el móvil y el ahora, basado en que el ahora acompaña siempre al móvil, por cuanto éste es lo numerado del movimiento y lo que posibilita su alteridad; de manera que, el ahora es, en un sentido, siempre lo mismo y, en otro sentido, no es lo mismo; pues también el móvil es siempre lo mismo y es siempre no lo mismo.¹²

El contenido aporético de tales afirmaciones, en que se ignora la diferencia que proponemos entre el Ahora y el momento presente, se refleja con claridad en la siguiente, a propósito del transcurso del tiempo: «En el proceso de cambio va pasando un «ahora» que permanece idéntico y cuyo transcurrir necesita de su propia permanencia: porque él, el «ahora», se soporta en lo que va pasando desde el antes al después, esto es, en aquello que sirve de sujeto y soporte al movimiento, que es un predicado.»¹³ Nosotros, prestando atención a dicha diferencia, lo hubiésemos expresado así: En el proceso de cambio va pasando el «momento presente» a través del «Ahora», que permanece idéntico, y el transcurrir de aquél necesita, para ser aprehendido, de la permanencia de éste: porque él, el «Ahora», se soporta en la presencia y en él tiene su posición temporal el sujeto, para quien el movimiento es un predicado.

La cualidad de «permanencia» aplicable al «vórtice» en la imagen metafórica que proponemos sugiere asimilarlo a la posición temporal «siempre presente» y actual característica del sujeto. De manera que, en calidad de «vórtice», esta posición mantiene su presencia en todo momento pese a que la corriente de los mismos «transcurre» a través de ella. Podríamos decir, entonces, que el Ahora —interpretado como la «posición temporal de presencia del sujeto»— es siempre *el mismo*, aunque nunca lo sea el momento presente particular que lo ocupa.¹⁴

Cabe destacarse que, en calidad de posición temporal de presencia del sujeto, el Ahora no encaja en la noción de «momento», sino que ha de interpretarse como la condición que posibilita la aprehensión subjetiva de su transcurso. No le es aplicable, por tanto, la cualidad de ser pasado, *presente* (en un sentido efímero) o futuro, denotativas de los momentos, sino la clase de «presencia» —digamos «permanente», apelando a la imagen propuesta del «vórtice»— desde la que se ofrece al sujeto la mencionada aprehensión. El Ahora sólo puede ser *presente*, pero no en calidad de «momento presente»; antes al contrario, vamos a considerar que cada momento actual recibe el calificativo de «presente» en tanto en cuanto se ubica en la posición *de presencia* representada por el Ahora.¹⁵

Esta *presencia*, que permanece siempre inmutable, concebida empíricamente —en calidad de momento presente—, aparece como lo más fugaz e inaprensible que pueda imaginarse; pero desde el punto de vista metafísico, que se eleva sobre las formas del objeto y de la intuición empírica, se nos revela como lo único permanente, asimilable al *nunc stans* de los escolásticos.¹⁶ A la inmutabilidad de este Ahora «que permanece» se contraponen, en todo momento, la fugacidad del Ahora «que transcurre» a través de él, esto es, el *nunc fluens* representado por el momento presente.

Quien se mantiene al margen de las consideraciones precedentes —así como de la idealidad transcendental del tiempo—, aceptando el punto de vista «de la corriente», habrá

¹¹ Sánchez, op. cit., p. 133.

¹² Aristóteles, *Física*, 219 b 31-33.

¹³ Sánchez, op. cit., p. 133.

¹⁴ Toboso, op. cit., p. 63.

¹⁵ *Ibid.*, p. 65.

¹⁶ Schopenhauer, *El Mundo como Voluntad y Representación*, México, Porrúa (2000), p. 221.

de contemplar el momento de su propia existencia subjetiva y el tiempo en que ésta acontece sin ninguna vinculación el uno con el otro, si bien aquél queda enmarcado en éste. Bien mirado, deberá admitir la intervención de dos «ahoras» independientes, de los que uno pertenece al sujeto y el otro al objeto, y asombrarse de la feliz coincidencia que les hace converger en cada momento. Mas lo cierto es que, considerado desde la perspectiva «del vórtice», sólo el *presente* (Ahora) existe, en cuanto punto de contacto del objeto con el sujeto.¹⁷ Es este *punto* el Ahora ya referido, en el que se da la doble condición de servir de posición temporal *de presencia* al sujeto cognoscente y transcurrir a través de él, bajo la forma del momento presente, el objeto conocido. La naturaleza, en apariencia paradójica, de esta doble condición del Ahora encuentra expresión, asimismo, en la antinomia de que el tiempo sea subjetivamente un *punto* y objetivamente una secuencia cronológica indefinida.¹⁸

Schopenhauer insiste en destacar la importancia de este *punto*; del Ahora que —imaginado por nosotros como «vórtice»— otorga al sujeto cognoscente su posición de presencia. Así lo comprobamos en su ensayo sobre la crítica kantiana de la psicología racional, al hilo de los paralogismos de la razón pura.¹⁹ En la primera de las dos proposiciones, por medio de las cuales reformula el paralogismo de la personalidad, señala que no sería posible percibir el transcurso del tiempo —con todo lo representado en él— si no hubiese *algo* que no tomara parte de dicho transcurso, con cuyo reposo poder comparar el movimiento de aquél. Debemos presuponer, por tanto, una posición estable ante la que transcurre el tiempo. Para la percepción del sentido externo esto lo verifica la *materia*, en cuanto substancia estable bajo el cambio de sus accidentes. En lo tocante a la percepción del sentido interno —implicada en el paralogismo de la personalidad—, debemos notar que si nuestra conciencia, con todo su contenido de representación, se moviera de manera uniforme en la corriente misma del tiempo, no podríamos aprehender su transcurso. Por consiguiente, para esto ha de haber en la propia conciencia *algo* inmóvil. Y esto no puede ser otra cosa que el propio sujeto cognoscente, quien como tal contempla impávido el transcurso del tiempo y el cambio de su contenido.²⁰

En la segunda proposición, Schopenhauer declara que por medio del sentido interno el sujeto se conoce sólo *en el tiempo*, en el que —considerado de manera objetiva— no puede haber nada estable. A pesar de ello, el sujeto se encuentra continuamente como el substrato permanente e invariable de sí mismo, y en todo el cambio de sus representaciones obra respecto de éstas como la *materia* respecto de sus accidentes. Al igual que ésta, merecerá, pues, el atributo de *substancia*. No obstante, para concebir la substancialidad del sujeto como algo estable en contraposición con el transcurso incesante del tiempo, debemos suponerlo *fuera del tiempo*; de manera que, al contrario que todos los objetos, que están *en el tiempo*, no lo está, en cambio, el sujeto cognoscente.²¹

Por lo tanto, no cabe predicar del sujeto cognoscente lo que de la *materia* se predica bajo las condiciones de la intuición, en especial aquello que respecta a su duración y estabilidad a través de todo el tiempo; pues la estabilidad atribuible al sujeto cognoscente consiste, más bien, en que se le considera no incluido en ningún tiempo, y menos aún en todo tiempo. Se suprimen así las condiciones de la intuición que posibilitan la consideración *a priori* de tales predicados en el caso de la substancialidad otorgable al sujeto. Como consecuencia de la reelaboración del paralogismo de la personalidad llevada a cabo por Schopenhauer cabe concluir que en la conciencia empírica del sujeto cognoscente es

¹⁷ Schopenhauer, *Metafísica...*, op. cit., p. 13.

¹⁸ Schopenhauer, *Manuscritos berlineses*, 291, Valencia, Pre-textos (1996), pp. 253-254.

¹⁹ Schopenhauer, *Fragmentos sobre historia de la filosofía*, recogido en *Respuestas filosóficas a la ética, a la ciencia y a la religión*, Madrid, Edaf (1996), pp. 132-137. Acerca de los mencionados «paralogismos», Kant, *Crítica de la razón pura*, Dialéctica Transcendental, Libro segundo, Sección primera.

²⁰ Schopenhauer, *Respuestas filosóficas...*, op. cit., p. 134.

²¹ *Ibid.*, p. 135.

posible señalar la presencia de un *punto* eterno, estable bajo el cambio *en el tiempo* de las representaciones; si bien, a partir de la naturaleza de este *punto*, no deben derivarse demostraciones ulteriores referentes a la naturaleza del individuo.²²

Esta conclusión se relaciona, asimismo, con la consideración según la cual el sujeto cognoscente —en cuanto condición supuesta de antemano de todo objeto cognoscible— es concebido por Schopenhauer como el *punto* fijo ante el cual transcurre el tiempo con todas sus representaciones, no pudiendo conocerse su transcurso más que en contraposición con el carácter estable de dicho *punto*. Este es, de nuevo, el *punto* de contacto del objeto conocido, cuya forma temporal es el fugaz momento presente, con el sujeto cognoscente posicionado en la presencia permanente del Ahora, en cuanto substrato que recibe las representaciones, ya se refieran éstas a objetos del sentido externo, o bien del sentido interno.

Tales sentidos disfrutan de un grado diferente de inmediatez para el sujeto, pues éste sólo conoce de manera inmediata a través del sentido interno, en tanto que el externo es objeto, a su vez, de éste.²³ Por la sola intervención del sentido interno el sujeto es capaz de conocerse a sí mismo, es decir, este sentido sería el responsable de la denominada *autoconciencia*, que podemos entender como la conciencia de *uno mismo*, en oposición a la conciencia de *las demás cosas*, que es en lo que consiste la facultad cognoscitiva.

Debemos tener presente la doble vía por medio de la cual el sujeto llega a conocer su propio cuerpo; por una parte, mediante el sentido externo lo conoce como la sede de la sensibilidad y en calidad de objeto entre objetos sometido, como tal, a los modos del principio de razón suficiente; por otra parte, a través del sentido interno, lo conoce como órgano de la voluntad, que actúa «hacia afuera» y cuyos actos se repiten en el tiempo siempre de un modo simultáneo a las acciones del cuerpo, de lo que deduce la identidad de ambos, reconociendo así la voluntad no en su totalidad, ni como unidad en su esencia, sino solamente en sus actos particulares, esto es, *en el tiempo*, que es la forma fenoménica del cuerpo y de todo objeto. Tales actos de la voluntad, que son objetos de la conciencia de *uno mismo*, se producen con ocasión de algo que —enmarcado en la conciencia de *las demás cosas*— constituye, a su vez, un objeto de la facultad cognoscitiva. Este objeto que se presenta en el campo de la conciencia se denomina *motivo*, y supone la materia del acto de voluntad, ya que éste se endereza siempre hacia aquél, pues sólo en relación con tal objeto puede la acción ser concebida.²⁴

La manera en que el sujeto experimenta el transcurso de su acción en el tiempo nos lleva a tomar en consideración la noción de «campo de presencia». Asumimos que tal experiencia pone en juego un fenómeno conjunto de «retención y proyección intencional» por medio del cual la vivencia originaria en la que el tiempo y sus diferentes dimensiones aparecen ante el sujeto se perfila como «tener aún a la mano en el campo de presencia»,²⁵ pues «el tiempo no es una línea, sino una red de intencionalidades»²⁶ que vincula el momento presente con el pasado y el porvenir. Estos se disponen en el «campo de presencia» a modo de dimensiones intencionales con las que el sujeto siempre cuenta, y «trazan de antemano, cuando menos, el estilo de lo que va a venir (aunque siempre esperemos, y sin duda hasta la muerte, ver aparecer *otra cosa*)».²⁷

Según se proyecte la extensión intencional del sujeto hacia el pasado o hacia el futuro hablaremos, respectivamente, de «retenciones» y «protensiones» como las intencionalidades específicas mediante las cuales la conciencia es temporal o —como

²² Ibid., p. 137.

²³ Schopenhauer, *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Madrid, Gredos (1989), p. 64.

²⁴ Schopenhauer, *Sobre la libertad de la Voluntad*, Madrid, Alianza (2000), p. 57.

²⁵ Sánchez, op. cit., p. 242.

²⁶ Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini (1984), p. 425.

²⁷ Merleau-Ponty, op. cit., p. 424.

diríamos mejor— «temporalizadora».²⁸ El «campo de presencia» está configurado, de este modo, tanto por los actos como por su dimensión intencional, de suerte que no son los sucesos los que constituyen el pasado y el futuro, en calidad de vertientes *retentiva* y *protensiva* del citado «campo», sino la intencionalidad propia de la conciencia que despliega la temporalidad, dejando, en su *distensión*, de estar «encerrada en el presente».²⁹ Todo lo cual invita a tomar en consideración cuáles puedan ser los caracteres particulares que hacen a la conciencia constitutivamente temporal.

Teniendo en cuenta tales consideraciones, hemos introducido en nuestro trabajo la noción de «estructura retentivo protensiva», en la que combinamos tanto el «Ahora», en cuanto posición temporal de presencia del sujeto, como las referidas proyecciones intencionales de la conciencia —que son «retención» y «protensión»—, a través de las cuales se originan las dos vertientes del «campo de presencia», esto es, el *pasado* y el *futuro*.³⁰

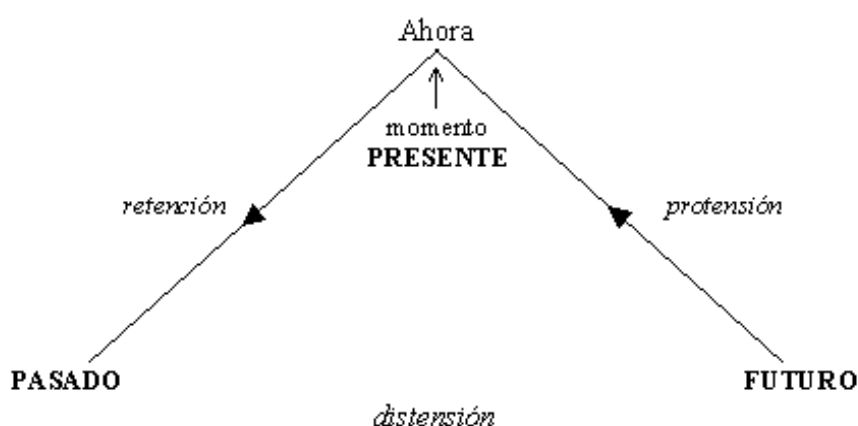


Figura 1: La «estructura retentivo protensiva» y los elementos que la conforman.

Notemos, en relación con esta figura y teniendo en cuenta lo expuesto con anterioridad, que el Ahora no debe interpretarse como el punto que transcurre entre las vertientes «pasado» y «futuro» del «campo de presencia», sino como el *vértice* por medio del cual se articula la *distensión* que da lugar a las mismas. Llegar a tomar este vértice estable como tal punto fugaz conduce a la confusión ya señalada entre el Ahora y el momento presente, pues la posición de presencia del sujeto es el vértice, no el punto que transcurre; es decir, el Ahora, no el momento presente. Conforme a lo ya expuesto, el Ahora —como tal posición de presencia— es siempre el mismo, aunque nunca lo sea el momento presente particular que lo ocupa.

Atendiendo a los elementos que la integran, proponemos asimilar la «estructura retentivo protensiva» a la naturaleza temporal inherente a la conciencia del sujeto. Sugerimos, por tanto, que ésta —en lo que respecta a su capacidad y naturaleza «temporalizadoras»— sea interpretada como una «estructura retentivo protensiva», responsable de dar cuenta de los diferentes aspectos implicados en la experiencia subjetiva del tiempo. Entre los mismos cabe destacar el carácter actual «siempre presente» del Ahora, en cuanto *vértice* estable de la estructura, que representa la posición temporal de presencia del sujeto.

²⁸ Comte-Sponville, *¿Qué es el tiempo?*, Barcelona, Editorial Andrés Bello (2001), p. 38.

²⁹ Merleau-Ponty, op. cit., p. 422.

³⁰ Toboso, op. cit., pp. 111 y ss.

Proponemos interpretar la naturaleza temporal y «temporalizadora» de la conciencia del sujeto en consonancia con los diferentes elementos que conforman la «estructura retentiva protensiva», de manera que los diversos aspectos implicados en la experiencia subjetiva del tiempo lleguen a ser convenientemente asimilados a los elementos que constituyen dicha «estructura». Ésta se nos ofrecerá, entonces, como un «marco» de trabajo acerca de tales aspectos, así como de su integración en la conciencia, en la forma de una vivencia inmediata y característica del tiempo por parte del sujeto, quien —desde la posición de presencia que le otorga el Ahora— lo contempla como el resultado de un procedimiento adecuado de *representación*.

Así, al buscar la vía en virtud de la cual la conciencia del sujeto constituye la temporalidad y el «campo de presencia» y deja, mediante la *distensión*, de estar «encerrada en el presente», nos remitimos al análisis de las representaciones llevado a cabo por Schopenhauer, con el fin de poner de manifiesto las diferentes connotaciones temporales que caracterizan, por un lado, a las denominadas «representaciones intuitivas» y, por otro, a las «representaciones abstractas»;³¹ destacamos, en especial, el modo en que éstas últimas permiten dar cuenta de una imagen del mundo que puede ser situada y *representada* más allá de la actualidad característica inherente a la posición temporal de presencia del sujeto en el Ahora. Posibilitan, por tanto, la introducción de los *conceptos* de «pasado» y «futuro», en calidad de categorías descriptivas abstractas básicas dentro de dicha imagen, en solidaridad con las cuales la noción de «momento presente», a modo de punto de inflexión entre las mismas, es ubicado —en todo momento— por el Ahora.

Consideramos fundamental, en relación con la vivencia temporal, destacar la manera en que la facultad cognoscitiva ligada a las representaciones abstractas diferencia entre la *motivación* que caracteriza, por un lado, la conciencia humana y, por otro, la conciencia animal; para ello hemos de tener en cuenta que —recogiendo el punto de vista de Schopenhauer— de dicha facultad están desprovistos los animales, y aun los más inteligentes no poseen más que representaciones intuitivas y no conocen, por consiguiente, más que lo momentáneamente presente; no viven más que en el presente y, así, los motivos que mueven su voluntad tienen que presentarse siempre intuitiva y actualmente.³² En el hombre la situación es distinta, y es esta diferencia notable la que nos sugiere reconsiderar la noción de «campo de presencia» a la luz de estas cuestiones. Para lo cual debemos notar, como un hecho esencial, que el hombre, en virtud de su capacidad para las representaciones abstractas —por medio de las cuales piensa y reflexiona—, posee un campo visual infinitamente mayor, que comprende lo pasado y lo futuro, y ofrece, de este modo, una esfera mucho mayor para la acción de los motivos que no el animal, limitado a su estrecho presente.³³

La reflexión y el pensar proporcionan al hombre, asimismo, su característica capacidad de concentrarse, haciéndole capaz de concebir numerosos individuos en un sólo concepto, lo que le permite dejar de lado cualesquiera diferencias entre ellos, incluso las de espacio y tiempo, y obtener así —pensando por medio del concepto— el panorama completo de lo pasado y lo futuro; en tanto que el animal se halla ligado por todos lados al presente. Por la concentración y la capacidad de reflexionar, volviendo sobre sí mismo una y otra vez, alcanza el hombre las obras teóricas y prácticas que le son exclusivas, mediante la acción intencionada, premeditada y metódica que deriva del cuidado por lo futuro bajo la consideración de lo pasado.³⁴

Así, esta nueva conciencia de alta potencialidad, que supone el reflejo abstracto de todo lo intuitivo en conceptos no intuitivos de la razón, otorga al hombre la discreción que tanto le distingue de los animales. En lo tocante a la experiencia temporal, estos viven sólo

³¹ Ibid., pp. 80 y ss.

³² Schopenhauer, *Sobre la libertad...*, op. cit., p. 80.

³³ Ibid., p. 81.

³⁴ Schopenhauer, *De la cuádruple raíz...*, op. cit., p. 153.

en el presente; aquél en el futuro y en el pasado. Ellos se hallan sujetos a las impresiones del momento y a la acción derivada de motivos intuitivos; en cambio, al hombre le determinan conceptos abstractos, independientes del presente.³⁵

La idea que nos interesa fijar aquí es que la *motivación* —ligada en el hombre a su capacidad inherente para las representaciones abstractas— es la responsable de la *distensión* temporal que configura el «campo de presencia», pues no es sino en calidad de *motivos* abstractos como el sujeto se representa para sí mismo tanto el pasado como el porvenir. Debido a lo cual vamos a interpretar el «campo de presencia» como el contexto temporal que da cabida a todos los posibles motivos hacia los que —en virtud de la representación abstracta— se distiende la conciencia del sujeto.³⁶

En la base, y como antecedente de esta cuestión fundamental, se halla la siguiente declaración: «Esto de que el hombre es actuado por una clase de representación (conceptos, ideas abstractas) que el animal no posee, es algo externamente visible, ya que imprime a toda su acción, aun a la más insignificante, a todos sus pasos y movimientos, el carácter de *premeditados* e *intencionados*... El motivo *abstracto*, que se compone nada más que de *ideas*, es una causa exterior que determina la voluntad lo mismo que la determina el motivo sensible, que consiste en un objeto real, presente... Lo que le diferencia es la longitud del hilo, con lo que quiero dar a entender que no se halla vinculado, como ocurre al motivo puramente sensible, a una determinada proximidad en el tiempo y en el espacio, sino que puede actuar a la mayor distancia y al mayor tiempo y a través de una concatenación de conceptos e ideas; lo cual es consecuencia de la constitución y extremada sensibilidad de aquel órgano que experimenta y recoge en primer lugar su acción, a saber, el cerebro humano o la *razón*...»³⁷

Así pues, en nuestra opinión, debemos entender que el sujeto cognoscente, desde su posición de presencia en el Ahora, constituye y distiende la trama de la temporalidad mediante su propia capacidad para las representaciones abstractas, que —como factor distensivo— le saca del presente, resultando de esta distensión la noción de «campo de presencia» como el contexto en cuyas vertientes «pasado» y «futuro» se distribuyen todos los posibles motivos abstractos.

La influencia de tales motivos es tan decisiva que coloca al hombre, con respecto al resto de animales, en la misma relación en que —en un sentido análogo— se hallan los animales dotados de vista con relación a los que no la poseen y que sólo pueden conocer, a través del sentido del tacto, lo inmediatamente presente en el espacio. Los otros, al contrario, pueden, mediante la vista, apreciar tanto lo que está cerca como lo que se halla lejos de ellos. De manera similar, la ausencia de la *razón* entre los elementos de su facultad representativa limita a los animales a lo inmediatamente «presente» en el tiempo, es decir, a las representaciones intuitivas y los objetos reales. El hombre, en cambio, por medio del conocimiento abstracto, abarca junto con la realidad presente, todo lo pasado y lo porvenir, y, a la vez, el amplio campo de la *posibilidad*, dominando así un horizonte temporal que se extiende mucho más allá de lo meramente presente y *lo real*.³⁸

Referencias:

Agustín :
— *Confesiones*, Madrid, Alianza (1999)

³⁵ Schopenhauer, *El Mundo...*, op. cit., p. 43.

³⁶ Toboso, op. cit., p. 92.

³⁷ Schopenhauer, *Sobre la libertad...*, op. cit., pp. 81-83.

³⁸ Schopenhauer, *El Mundo...*, op. cit., p. 79.

Aristóteles :

— *Física*, Madrid, Gredos (1995)

Comte-Sponville, A. :

— *¿Qué es el tiempo?*, Barcelona, Editorial Andrés Bello (2001)

Kant, I. :

— *Crítica de la Razón Pura*, Madrid, Alfaguara (1988)

Merleau-Ponty, M. :

— *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini (1984)

Sánchez, A. :

— *Tiempo y sentido*, Madrid, Biblioteca Nueva - UNED (1998)

Schopenhauer, A. :

— *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Madrid, Gredos (1989)

— *Manuscritos berlineses*, Valencia, Pre-textos (1996)

— *Respuestas filosóficas a la ética, a la ciencia y a la religión*, Madrid, Edaf (1996)

— *El Mundo como Voluntad y Representación*, México, Porrúa (2000)

— *Sobre la libertad de la Voluntad*, Madrid, Alianza (2000)

— *Metafísica de las costumbres*, Madrid, Trotta (2001)

Toboso, M. :

— *Tiempo y sujeto: Nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia (2003)